

Autorretrato de mujer con perro



Olvido Smith

1

La vi por primera vez paseando junto a la playa, un itinerario urbano que me atraía y que solía recorrer con cierta asiduidad, especialmente bajo el sol del invierno, cuando sus rayos te acarician sin llegar a quemar.

Un murete de piedra, roto en diversos tramos por escaleras de acceso, cierra el paso a la arena; bancos salpicados aquí y allá; una doble fila de tamarindos; en el otro extremo, a un par de kilómetros, lo que en otro tiempo fue un poblado de pescadores, engullido hace ya mucho por la ola de cemento del desarrollo urbano y convertido en zona de bares y restaurantes... Un paseo playero, en fin, similar a tantos otros.

Fue allí donde me crucé con ella, detenida bajo un raquíptico tamarindo. Le calculé setenta y muchos años, cerca de los ochenta. Pequeña, frágil, pelo rizado -teñido, sin duda, porque el color rubio mostraba tonalidades caoba-, gruesas gafas de concha... Sostenía un perrillo en brazos, un chihuahua, creo. Un chucho dócil, habituado a los mimos de la dueña, porque permanecía mansamente recostado contra su pecho mientras la mujer se hacía el selfie: un primerísimo plano de su rostro, iluminado por una sonrisa de éxtasis, pegado a la cara del animal. El chucho posaba mirando fijamente a la cámara, como si estuviera acostumbrado a hacerlo. Autorretrato de mujer con perro.

Me pareció curioso que no hubiera elegido el azul del mar como fondo, que dejara a sus espaldas un feo

edificio levantado sobre el solar de un antiguo palacete. La mujer y el perro eran protagonistas, el resto, prescindible. Eso al menos pensé, que ni siquiera habría reparado en aquel antiestético detalle.

Me es difícil precisar por qué me impactó tanto la imagen. Vivimos tiempos de general narcisismo. Bueno, tal vez cualquier otra época pasada haya sido igual, pudiera ser que los humanos no hayamos superado la pulsión adolescente de marcar las paredes con nuestro nombre. La diferencia es que, hoy en día, el narcisismo ha encontrado una herramienta demoledora: una cámara, siempre a mano, conectada a la nube digital. Yo paseando por la ciudad, yo en la playa, yo en las Pirámides, yo con mis amigos, yo en la Torre Eiffel, yo comiéndome una paella... Cientos de millones de selfies y fotos cada día, repartidos al instante por todo tipo de redes y lugares de internet, gotitas de vanidad añadidas al inabarcable océano de bits. Da igual dónde estemos o qué hagamos, lo importante es tratar de dejar constancia de nuestro paso por el mundo. Yo estuve allí. Odio los selfies.

Aquel día, sin embargo, la escena de la señora haciéndose el retrato con el perrito en brazos me conmovió. La mujer sonreía abiertamente, era indudable que parecía contenta. Abrazaba al animalillo con ternura, pero, tal vez por eso mismo, creí ver reflejado en ese abrazo su propio desamparo. Como si tanto amor hacia el bichejo hiciera más patente la descarnada ausencia de otros seres humanos a su lado. Como si aquella fotografía fuera la prueba irrefutable de que el minúsculo chucho era su única compañía, su último hilo afectivo. Subrayaba su

soledad en medio de la multitud que disfrutaba del tímido sol de invierno.

Era, claro está, una deducción precipitada y difícilmente sostenible desde la lógica. Bien mirado, carecía de sentido, extraía conclusiones generales de un solo dato, parcial, tal vez temporal, de la realidad. Pero así lo viví yo: la imagen me resultó particularmente triste, quizás porque ya lo estaba antes.

No consideré educado pararme a mirar y seguí hacia adelante. Me asaltó la incómoda duda de si acaso era ese el futuro que me esperaba, de si me acabaría convirtiendo en una vieja solitaria que se refugia en el cariño de un animal: yo también paseaba sola. Aún no había pasado un mes desde lo de Mario y el dolor seguía ahí. Ahuyenté enseguida ese estúpido pensamiento. Tenía treinta y pocos años, toda la vida por delante.

Continué caminando y durante un rato me dejé llevar por el embrujo de las olas. O fue, más bien, una decisión consciente de intentar concentrar mi atención en ellas. Soplaban con fuerza el viento del sur levantando sobre sus crestas una cortina de minúsculas partículas de agua, como encajes de seda transparente que se deshacían en pocos segundos. La fugacidad de lo bello. El oleaje alcanzaba la orilla con un ruido sordo, la respiración de los océanos, pensé, y traté de tranquilizarme acoplando la mía a su ritmo hondo y pausado. Me esforcé, en resumen, por dejar de pensar en lo otro, por expulsarlo de mi mente y seguir disfrutando del paseo en la mañana tibia de invierno.

Fue complicado. Es difícil de encajar una ruptura sentimental tras siete años de relaciones. Más aún

cuando es la otra parte la que toma la decisión y no te queda otro remedio que asumirla, mientras que tú, a pesar de los frecuentes sinsabores, hubieras dado cualquier cosa por estirla un poquito más, aunque solo fuera un poquito más. A la fuerza ahorcan, que diría mi madre. Un desenlace doloroso, aun habiendo sabido desde el principio que no había futuro, que Mario y yo buscábamos metas bien distintas. Las malditas trampas del corazón: unidos por razones divergentes.

En realidad, mirado fríamente, lo sorprendente era que deseos y aspiraciones tan distintas nos hubieran mantenido juntos durante siete años, que ese equilibrio precario hubiese tardado tanto en derrumbarse. Eso era lo llamativo. Y lo jodido, que el paso del tiempo hubiera hecho crecer en mí la dependencia, la estúpida necesidad de tenerlo a mi lado, *para siempre*, decía mi corazón, *pero si ya sabes que no va a durar*, replicaba mi cerebro. ¡Le seguía echando tanto de menos! Todavía no había pasado un mes.

Decidí cortar por lo sano. No había vuelta atrás. Tenía, además, temas apremiantes en que pensar. El trabajo, por ejemplo. Se me estaban acabando mis escasos ahorros y debía encontrar un empleo con urgencia. De no hacerlo así, pronto me vería en serias dificultades, en un par de meses no me llegaría ni para pagar el alquiler del estudio. Y ser Licenciada en Bellas Artes -grado en conservación y restauración de bienes culturales- no me facilitaba precisamente el camino. De hecho, no había conseguido hasta la fecha ni un solo trabajo relacionado con mi titulación. Recordé el disgusto de mi padre cuando elegí los estudios y sus advertencias

de que con eso no iba a ganarme la vida. Estaba por ver, aún me quedaba una pizca de orgullo. Y de esperanza.

En todo caso, tenía que agenciarme un curro y hacerlo ya, fuera lo que fuese. Cuando ocurrió lo de Mario se me acababa de terminar el último contrato: dependienta en una tienda de moda durante la campaña navideña. Era un negocio fino; la mayor parte de la clientela, señoras muy estiradas de mediana edad. A la dueña le encantó que fuera Licenciada en Bellas Artes (toma ya, papá, chúpate esa), le agradaron mis modales educados, le acabó de decidir su propio discurso -¡joder, qué pedante!- sobre las estrechas relaciones entre Moda y Arte... Palabrería excesiva para un sueldo de miseria y jornadas interminables, pero lo tomas o lo dejas, no hay otra cosa.

Por supuesto que, acabadas las Navidades, me pusieron de patitas en la calle. Bueno, tampoco a mí me hubiera gustado malgastar mi vida allí, que conste.

Me despidieron, llegó la separación, quedé hecha polvo. Decidí tomarme unas semanas libres, pese a que con tanto hueco entre trabajo y trabajo había agotado las prórrogas del desempleo. Para reflexionar sobre mi vida, me dije. Una idea genial, de las mías.

Necesitaba trabajar. No estaba dispuesta a renunciar al estudio, aunque se llevara la parte del león de mis menguados recursos y tuviera que apretarme el cinturón en otras cosas. No sé si la palabra estudio define adecuadamente aquella buhardilla: vivía, en realidad, en un minúsculo desván sin ascensor, helado en invierno y un horno en verano, treinta y pocos metros cuadrados en un edificio antiguo que estaba pidiendo a gritos

restauración. Eso sí, en un barrio de gente acomodada y en una calle, muy céntrica, que te ponía al alcance de la mano todos los recursos de la ciudad. Llevaba cinco años en él y se había convertido en la bandera de mi libertad: me ratificaba en el estatus de persona independiente, dueña de su propia vida, adulta. Y era barato, me lo podía permitir aun trabajando a salto de mata en las chapuzas que iban saliendo. Si no tardaba demasiado en encontrar una nueva fuente de ingresos, claro.

2

Para cuando acabé el paseo, de vuelta otra vez en el centro urbano, tenía ya decidido ponerme a buscar trabajo. Se me habían acabado las vacaciones, tampoco estaba segura de que hubiera sido una buena idea.

Antes de subir a casa, fui a comprar pan. Iba a entrar a la panadería cuando me sacaron de mi ensimismamiento unos ladridos agudos que llegaron desde el suelo. No llegué a pisar al esmirriado perrillo, creo que ni siquiera lo rocé. Pasé muy cerca sin verlo; fue él quien requirió mi atención. La panadería era uno de esos locales que no permiten la entrada de animales y lo habían dejado atado a la entrada, una afrenta insoportable para el chucho, al parecer. Intenté hacer las paces con él. Me agaché, y le acaricié la cabeza junto a la base de sus desproporcionadas orejas de murciélago. Empezó a mover el rabo de inmediato, bueno, en realidad a agitar su cuarto trasero a una velocidad endiablada.

-¡Tula, Tula! -oí una voz de mujer, imaginé que de su dueña, seguida de unos pasos vacilantes que se aproximaban.

Si el perro me había resultado vagamente familiar, la señora disipó cualquier duda: eran los protagonistas del selfie en el paseo de la playa.

La mujer era pequeña y sumamente delgada, arrugada por el peso de los años, pero, mirada de cerca, contradecía la inicial impresión de fragilidad. Cara ancha, labios gruesos y carnosos, nariz de boxeador, pronunciadas ojeras violáceas... unos rasgos, en conjunto, de marcada dureza. Con los cambios hormonales, y seguramente cierto grado de abandono, algunos pelos largos le crecían en la barba y le oscurecían el bigote. La cabeza grande y cuadrada contrastaba vivamente con un cuerpo tan flaco, como si hubiera sido empalmada allí por algún cirujano demente. Bueno, tampoco la tripa, hinchada y caída, encajaba bien con el resto.

-Os habéis hecho amigas -me sonrió la señora al detenerse a mi lado.

No respondí.

-Bueno, bueno... -prosiguió ella-. No creas que es fácil, Tula no hace muchas amistades, es muy exigente.

Continué en silencio.

-Y mi Tula no se equivoca nunca, si le has caído bien, seguro que eres buena persona.

No supe qué decir. Le devolví una amplia sonrisa que intentaba ser amable, hice un gesto de despedida y entré a la panadería.

Luego me dirigí a casa con el pan recién comprado en la mano. No había reaccionado bien, me reproché. La señora, una anciana solitaria según mis cuentas, había buscado mi compañía, intentado al menos intercambiar unas frases corteses, una conversación banal, vale, pero que tal vez hubiera sido importante para ella. Y yo no había acertado ni a abrir la boca, era un desastre, me faltaban habilidades sociales, a ver si aprendía de una vez.

Levanté la vista y allí estaban de nuevo la señora y su perrita -ahora sabía que era hembra, una chica, según la ridícula expresión tan en boga hoy en día-. Las seguí con la mirada y las vi entrar en el portal de un edificio antiguo y señorial. Una mujeruca de mediana edad -la portera, supuse- les abrió la puerta y saludó. Intentó también hacer unos arrumacos al animal, pero este la ignoró olímpicamente. Vivíamos en la misma calle, a menos de un par de manzanas, vaya casualidad.

Identificas a una persona que no conocías y te sorprende la frecuencia con que te cruzas con ella. Ahora que pateaba continuamente las calles en busca de curro, me encontraba con la mujer casi a diario, siempre acompañada de su inseparable perrita. La veía en alguna tienda del barrio, en la calle que compartían nuestras viviendas, paseando por la avenida que conduce al mar, en la plaza cercana sentada en un banco con el animalillo en brazos... Arrepentida de mi comportamiento en la panadería, en cada ocasión en que nos cruzábamos intercambiaba con ella un saludo cortés. La perrita agitaba su rabo al verme y la mujer tenía que sujetarla con la correa para que no se me echara encima reclamando caricias.

Seguía buscando trabajo sin ninguna fortuna. Había agotado hacía mucho las opciones en el mundo de la restauración artística. Consideré también una pérdida de tiempo acudir a la oficina de empleo. Pero me afané en repartir currículos por internet a diestro y siniestro, en recorrer tiendas, amplié mi búsqueda a bares y restaurantes, pregunté en alguna casa de encuestas para la que ya había trabajado... Nada, no salía nada. Empecé a considerar la posibilidad de buzonear propaganda o convertirme en telefonista comercial, pero esas ocupaciones me resultaban odiosas y sus miserables salarios tampoco cubrirían mis necesidades básicas. Empezaba a desesperarme.

Hasta me pasó por la cabeza la posibilidad de pedir ayuda a mis padres... con el compromiso de devolverles la pasta en cuanto pudiera, por supuesto. Mi madre seguro que lo hubiera aceptado sin reparos, pero me echó para atrás la certeza de que mi padre aprovecharía la oportunidad para largarme alguno de sus sermones. Preferible atrasarme en los pagos, aún contaba con cierto margen.

Una mañana de aquellas, serían cerca de las once, estaba sentada en un banco de la plaza más próxima a mi estudio. Acababa de volver de una larga caminata para tan solo conseguir entregar mi currículo en una cadena de supermercados. La situación iba de mal en peor, en la última semana no había tenido ni una entrevista de trabajo.

El día era soleado, el invierno ya templaba, me senté a descansar un rato. Estaba agotada, mentalmente sobre todo, muy decepcionada. Respiré hondo y cerré los ojos

tratando de alcanzar unos segundos de paz. Recordé entonces que había estado allí muchas veces, en ese mismo banco, sentada junto a Mario, no hacía tanto tiempo de aquello. Deseé con todas mis fuerzas volver atrás, borrar de un plumazo el último mes. ¡Fue tan intenso el deseo... ! Llegué a estirar el brazo y alargar la mano, movida por la ilusión de que encontraría allí la de Mario, porque nada había cambiado, porque todo seguía igual que siempre. En aquel momento sentí que algo me mojaba los dedos: una lengua áspera, me informó mi sentido del tacto. Unos ladridos muy próximos al oído me devolvieron a la realidad, tan cercanos que me incorporé de un tirón, como impulsada por un muelle.

Abrí de golpe los ojos y me topé con la cara de la perrita a pocos centímetros de la mía. Me dio un lengüetazo en la cara. Había saltado al banco reclamando mimos.

-¡Tula, Tula, no seas descarada! -escuché de inmediato la voz de la señora.

-Esta perra no tiene vergüenza -se dirigió después a mí-. Espero que no te haya molestado.

Me sentí obligada a acariciar la cabeza del animal tratando de disipar cualquier duda.

-No se preocupe -le contesté-, no me ha asustado, ha sido solo la sorpresa. Ha sido oportuna, además, me ha espantado unos pensamientos... no demasiado agradables.

-No se porta así con cualquiera, le caes bien, ¡se pone tan contenta cada vez que te ve!

Una vez más no supe qué decir. Sonreí y continué acariciando a la perrita. Aquel bicho consentido -

esquelético, minúsculo, orejón- no me resultaba particularmente simpático, pero mejor ahorrarme mi opinión ante una dueña que parecía idolatrarlo.

La señora resopló y, sin tan siquiera pedir permiso, se sentó a mi lado en el banco.

-Me fallan las piernas -suspiró-, ya no me aguantan como antes. Se va una haciendo vieja, una mierda la vejez, aunque la única alternativa conocida sea morir y tampoco resulte muy apetecible.

Tuve que recurrir a los tópicos que dicta la buena educación: que se mantenía en forma, que su aspecto era excelente, que seguro que aún gozaría de una larga vida... Allí estuvimos un rato, intercambiando lugares comunes... La salud, los inevitables achaques, aprovechar mientras el cuerpo aguante... De ahí pasamos a hablar del tiempo, del día tibio que adelantaba la primavera, de la casualidad de que viviéramos las dos en la misma calle... La perrita, muy atenta al comienzo, pareció aburrirse, se acomodó en el regazo de su dueña y cerró los ojos.

-Con este calorcillo se me seca la garganta- dijo la señora tras consultar el reloj, como si ver la hora le hubiera recordado algo importante.

-Vamos a ese bar -señaló con un gesto de cabeza la taberna con más solera de la plaza-. Te invito, para resarcirte del susto que te ha dado Tula. Si quieres. Sin compromiso.

Me sentí obligada a aceptar. La verdad es que no me apetecía gran cosa, pero me cuesta decir que no. *Habilidades sociales: aprender a decir que no* apunté mentalmente en mi grueso libro de tareas pendientes.

Luego nos encaminamos las tres -la señora, la perrita y yo- al susodicho bar.

Pedí una menta poleo, la señora encargó un vaso de leche. Para mi sorpresa, el camarero le trajo un martini doble, bien cargado, con aceituna y todo.

-Tengo baja la tensión -me aclaró-, un poco de alcohol a media mañana me anima, me ayuda a reponer fuerzas.

Nos sentamos frente a frente en una mesa de la terraza. Durante un buen rato continuamos hablando de naderías, hasta que la conversación fue languideciendo. Pensé que ya iba siendo hora de despedirme. Tula se había adormecido de nuevo sobre las piernas de su dueña.

-Qué raro, una chica joven como tú, en la calle a media mañana -comentó en aquel momento-. ¿En qué trabajas? ¿O es que sigues estudiando?

Tuve que explicarle que estaba en paro, era Licenciada en Bellas Artes y llevaba bastante tiempo buscando empleo sin resultado. No sé si se llegó a transparentar en mi voz el punto de desesperación que sentía.

-Hummm.... -dijo entonces-. Quizás...

Quedó unos segundos en silencio, pensativa. Se frotó después la mandíbula. Tomó un trago largo del martini.

-¿Entiendes de ordenadores? -me preguntó luego.

No comprendí a qué se refería. ¿Qué significaba para aquella señora entender de ordenadores? Yo era

poco más que una usuaria habitual, así que le respondí encogiéndome de hombros, una interrogación muda.

-Verás -me aclaró-, nada del otro jueves, que si te defiendes escribiendo, que si serías capaz de pasar textos a ordenador y corregirlos, con cierta soltura y sin faltas evidentes de ortografía.

Asentí moviendo la cabeza de arriba a abajo. No era un prodigio de velocidad escribiendo, pero lo había hecho regularmente desde niña. Y sin ser filóloga ni nada parecido, creía hacerlo con aceptable corrección.

-Bueno, quizás... -continuó-. Tengo que pensarlo. Tal vez te pueda ofrecer un trabajo. De particular a particular. Por unos meses al menos. No sería gran cosa, pero mientras no encuentres nada más...

Me dio su dirección, quedamos en su casa a las cuatro y media de la tarde, mientras tanto sopesaría y concretaría los términos y luego me haría la oferta. Debía estudiarla, tal vez me convendría.

3

Así fue como empecé a trabajar para la señora que se hacía un selfie junto a su perrita en el paseo de la playa, Encarna Rodríguez se llamaba, enseguida supe su nombre.

La tarea parecía sencilla. Me pasaba regularmente unas gruesas carpetas, floreadas y cerradas con cintas de vistosos colores, cada una de las cuales contenía un buen montón de folios escritos a máquina. Aunque los textos estaban llenos de tachones y anotaciones a mano, no costaba demasiado descifrarlos. Mi tarea consistía en

pasarlos a limpio transcribiéndolos en el ordenador. Cuando completaba entre veinte y treinta páginas, me reunía con la señora Encarna y se las leía en voz alta para que las corrigiera, hasta que le parecían aceptables y las daba por finalizadas.

Estaba, además, sorprendentemente bien pagado: calculé que bastaría con transcribir unas cuarenta páginas semanales, más o menos ocho al día descontando los fines de semana, para poder ir tirando y cubrir gastos. Bueno, el trabajo incluía también acudir un par de tardes - martes o miércoles y jueves o viernes- a casa de la señora para las labores de corrección, y lo *de particular a particular* significaba, dicho en plata, trabajar sin contrato ni seguros sociales, un acuerdo verbal sin ningún tipo de papeles. Pero cuando la necesidad aprieta...

Enseguida me di cuenta de que cada carpeta contenía una novela completa. Eran relatos truculentos, repletos de crímenes y de personajes despiadados que, sin remordimiento alguno, limpiaban el forro a todo aquel que interfiriera en sus planes. No había detectives sagaces o investigaciones ingeniosas, al estilo de las novelas de Ágatha Christie, por tomarlas como elemento de comparación. No, en las historias que yo transcribía sucedía todo a la vista, ante las mismísimas narices del lector. Las tramas avanzaban en dinámicas ineludibles que se veían venir desde el comienzo, hasta desembocar en apoteosis sangrientas. Un puñado de miserables seres humanos sometidos a la dictadura del destino.

La mayoría, por no decir todas, sucedían en el entorno familiar: hermanos que se disputaban sin piedad cuantiosas herencias; algún arribista que se ganaba la

general confianza para irse luego desembarazando uno a uno de sus rivales; parejas jóvenes a las que la pasión, el fracaso o los celos abocaban al crimen; consortes maduros para los que el asesinato parecía la única forma razonable de poner fin a sus relaciones... Personajes amorales, movidos únicamente por el propio interés, que mataban con la frialdad del que se sacude de encima una mosca, para quienes los demás no tenían más valor que lo útiles que les pudieran resultar en un momento dado.

Eran novelas cortas, ninguna sobrepasaba las cien páginas, escritas en un estilo crudo, directo, sin apenas adjetivos. Se narraban los crímenes de forma descarnada, tirando directamente del hilo de lo sucedido. Esa linealidad desprovista de cualquier artificio aumentaba el desasosiego que producían, como si te hubieran sentado en un vehículo que sabes condenado a despeñarse por el abismo sin poder hacer nada por impedirlo.

Cada pocas semanas la señora Encarna daba por finalizada alguna novela. Yo cerraba el documento, lo bloqueaba por si acaso, y se lo enviaba al ordenador adjunto a un correo. Nada más acabar, ella me pasaba una nueva carpeta.

No conseguí saber cuántas de aquellas historias tenía escritas. Las guardaba en una cómoda muy historiada, con patas curvas y ribetes dorados, dentro de un cajón ancho y profundo del que jamás alcancé a ver el fondo. Por sus dimensiones podría contener un par de decenas, pero nunca llegué a comprobarlo.

Me picó la curiosidad y traté de averiguar qué hacía con aquellas narraciones, si les daba algún uso, si había publicado alguna o al menos lo intentaba. Busqué y

rebusqué en internet, pero no encontré nada, ni el menor rastro de Encarna Rodríguez en la red. Aunque, claro, no es sencillo dar con algo en la enmarañada selva de los libros digitales. Pregunté, incluso, a la encargada de la librería que más frecuentaba, con idéntico resultado. Era un misterio.

Imaginé, en aquel entonces, que serían caprichos de señora rica, de alguien a quien le sobran tiempo y dinero y se dedica a escribir por el mero placer de hacerlo.

Bueno, a mí qué más me daba. Me pagaba bien y eso era lo fundamental. Un sueldo que me venía de perlas para intentar rehacer mi vida. Cubría el flanco de mis necesidades económicas y eso suponía quitarme una preocupación de encima.

4

Me dejaba, además, bastante tiempo libre para reordenar mis relaciones, o tratar al menos de hacerlo. La ruptura con Mario se había llevado buena parte de ellas por delante.

Dan para mucho siete años. Con el paso del tiempo se habían cruzado y mezclado nuestros respectivos círculos de amistades, los compañeros de Mario del mundo del espectáculo, mis amigas del instituto, los conocidos de la Facultad, los colegas de cualquiera de las dos partes... Todos ellos se habían ido conociendo, reuniendo, tratando, combinando... Se había establecido una tupida red de vínculos comunes, hasta el punto de acabar configurando una sola cuadrilla, abierta y variable

sí, pero muy difícil de escindir. Ahora había reventado, al menos para mí, más aún desde....

En realidad fui yo la que metió la pata hasta el fondo, jamás debí haber acudido a aquella cita, no sé cómo se me pudo pasar por la cabeza tamaña idiotez.

Tan solo habían pasado diez días desde que Mario me había dejado plantada. Estaba bien jodida, me pasaba el santo día encerrada en casa, llorando como una Magdalena, seguía totalmente colgada del muy maldito. Y, una tarde de domingo, no se me ocurrió mejor idea que abandonar mi guarida y animarme a retomar los ritos de siempre: quedé para salir con un grupo de amigos de los últimos años. Era algo habitual, hubiera sido de lo más corriente, nada extraordinario, de no ser porque Mario iba a estar entre ellos. ¡Lo increíblemente estúpida que puede llegar a ser una!

Me pasé dos horas frente al espejo, vestí mis mejores galas, me preparé con toda la ilusión del mundo. Quería estar impresionante, atraer todas las miradas. Mi ingenua imaginación me susurraba al oído que bastaría con estar otra vez junto a Mario para que el recuerdo de los días en común le removiera las entrañas y me concediera una segunda oportunidad, aún no se había hecho demasiado tarde, todavía estábamos a tiempo de volver a empezar. La razón puntualizaba que era una posibilidad remota, por no decir inexistente, que nadie da un paso tan rotundo para desandararlo al día siguiente. Pero... ¿quién es lo suficientemente fuerte para abrazar la lógica renunciando al último hilo de esperanza?

Fueron unas horas muy tensas. Todos estaban al corriente de lo nuestro, la situación era francamente

incómoda. Mario se las arregló para esquivarme toda la tarde y tampoco yo me atreví a dar los pasos necesarios para quedarme, aunque fuera unos minutos, a solas con él. Así fue transcurriendo el tiempo: miradas, rechazos, avances, retrocesos, acercamientos, huidas, él hablando con unos, yo con los otros, ni un solo roce entre ambos... pero un control exacto de dónde se encontraba cada cual en todo momento. Amigos que acudían al rescate cuando constataban mi desaliento.

En un ambiente tan cargado, los ánimos fueron languideciendo. Nos sentamos en un bar a tomar algo, la despedida antes de volver a casa. Quedamos colocados en una especie de círculo, viéndonos las caras. El local era relativamente silencioso, solo se oía una suave melodía de fondo. En esas condiciones era inevitable que se entablara una conversación única. No recuerdo quién sacó el tema, seguramente lo haría con la mejor de las intenciones: la brevedad de la vida y lo sensato de aprovecharla, la necesidad de mirar hacia adelante, todas las cosas tienen principio y final... *hasta las grandes pasiones*, añadió, inoportuna, una amiga. Fue entonces cuando Mario intervino, en voz alta y clara, pudo escucharle todo el grupo y cualquiera que estuviera varios metros alrededor:

-Bueno... grandes pasiones, grandes pasiones... o no tan grandes. De haber sido un terremoto, lo nuestro no hubiera alcanzado los cuatro grados en la escala Richter.

Eso dijo el grandísimo hijo de puta, el asqueroso pedante, con frialdad, delante de un puñado de nuestros mejores amigos. Mirando a ninguna parte, sin que se le moviera ni uno solo de sus rizos, sin que en sus ojos

azules se reflejara sentimiento alguno. Así de claro lo dejé, para que ni a mí ni a nadie que le escuchara nos cupiera la menor duda.

Jamás me había sentido tan humillada. Me trataba en público como a una mierda. Siete años no habían sido suficientes, al parecer, para que hubiera desarrollado una mínima consideración hacia mí.

Y lo peor de todo era que yo sabía de sobra que decía la verdad, que era lo que sentía en aquel momento, lo que había sentido tal vez desde el comienzo de nuestra relación. Yo solo había sido para él un buen polvo, nada más que eso. Vale, incluso podría discutirse lo de bueno, a saber qué opinaría Mario al respecto. Lo único fuera de toda duda era que el polvo había sido largo. Siete años, joder, siete años juntos sin que, visto lo visto, yo hubiera conseguido avanzar en sus afectos ni un palmo más allá del sexo.

Intenté ocultar mi desazón, creo que conseguí que no se me alterara ni un músculo de la cara, mantuve intacta la postura erguida de mi cuerpo... Como si no fuera conmigo, como si Mario hubiera hablado de pájaros y flores. Al llegar a casa, sola y refugiada entre las paredes de mi estudio, rompí a llorar.

A partir de aquella tarde aprendí la lección, corté por lo sano. No debía volver a ver a Mario, rigurosamente prohibido, al menos hasta que me bajara la fiebre. Me borré de todos los grupos de mensajes que compartíamos, eliminé hasta la última de sus fotos en los diversos dispositivos. Conservé tan solo su dirección de correo electrónico, por si acaso, me dije. Luego le dediqué la lista completa de insultos que encontré en el diccionario

y me esforcé en resaltar y dejar grabados en mi memoria los aspectos más antipáticos de su personalidad.

El caso es que mi nuevo trabajo me dejaba tiempo libre y flexibilidad para acomodarlo a mi antojo. Lo aproveché para retomar el contacto con algunas de mis viejas amistades, poniendo sumo cuidado, por descontado, en evitar la presencia de Mario. Las salidas, los paseos, las conversaciones... me ayudaron a irme sintiendo mejor. El cambio de hábitos y circunstancias propició que comenzara, incluso, a conocer gente nueva. Un paso adelante para salir del agujero. Lo apunté como la parte más positiva de mi nueva ocupación.

5

Lo más negativo se reveló pronto y se fue acentuando con el paso de las semanas: las tardes de corrección en casa de la señora Encarna.

En los meses que trabajé para ella, solo llegué a conocer cuatro piezas de la vivienda: el recibidor, el enorme salón, la cocina y el cuarto de baño anexo. Del salón partía un largo pasillo que se perdía de vista al girar a la izquierda, el acceso a un territorio misterioso que nunca conseguí explorar y que, por desconocerlo, se me antojó ilimitado.

La sala de estar, nuestro espacio habitual de trabajo, era gigantesca, o tal vez me lo parecía a mí en contraste con las reducidas dimensiones de mi estudio. Sillones y sofá de cuero, muebles de madera oscura -ébano, supuse- tapizados en terciopelo granate, vitrinas de cristal con un sinfín de antigüedades -entre ellas muchas

muñecas de porcelana-, numerosos jarrones de cerámica china, un montón de figurillas por todos los rincones, un puñado de gruesas alfombras persas, tapices con escenas de caza colgados de las paredes... Un impúdico derroche de riqueza, una infinidad de objetos valiosos hacinados hasta tal punto que, en lugar de transmitir belleza, creaban una atmósfera inquietante.

Presidía el centro del salón una gran lámpara de cuatro brazos de los que colgaban innumerables lágrimas de cristal. Jamás la vi encendida. Trabajábamos en penumbra, porque los dos balcones de la sala estaban cegados por gruesos cortinones floreados que permanecían siempre cerrados, dejando penetrar tan solo una franja de claridad por los extremos de los visillos.

Nos sentábamos en una esquina de la sala, ella derrumbada en un sillón de orejas, con Tula en su regazo casi siempre; yo, frente a la mesa camilla donde colocaba mi portátil. La escasa luz provenía de la bombilla amarillenta de una lámpara de pie. Quedaban a nuestro lado la cómoda donde guardaba las carpetas con las novelas, y un mueble bar repleto de botellas de whisky irlandés.

Cada tarde la portera me abría el portal del edificio con idéntica sonrisa:

-¿Al tercero izquierda, no? Donde la señora Encarna. -me saludaba, como si no supiera de sobra a dónde me dirigía.

Luego me acompañaba hasta el ascensor, me abría la puerta, la sostenía hasta que me acomodaba dentro, y se despedía siempre con la misma fórmula:

-A su servicio, que tenga buena tarde, nos vemos a la salida.

Al timbre de la vivienda respondían de inmediato los ladridos de Tula, que se iban acercando acompañados del ritmo nervioso de sus pasos. Segundos después me llegaba el rumor del caminar de Gabriela, la criada.

-Muy buenas tardes, señorita Inés -me saludaba con su dulce acento latino tras facilitarme la entrada-, la señora Encarna ya la espera, pase, está usted en su casa.

Todas y cada una de las tardes, mientras atravesaba el recibidor, debía pagar a la perrita el obligado peaje de caricias.

Gabriela me hacía pasar delante de ella y me acompañaba hasta el salón. Tula nos seguía enredándose entre mis pies.

-¡Señora, la señorita Inés! -me presentaba Gabriela. Y, sin añadir ni una palabra más, se daba media vuelta y se retiraba de la estancia.

-Buenas tardes, Inés, vamos allá -decía la señora Encarna.

Me recibía con un vaso de whisky irlandés entre las manos, a palo seco, sin hielo ni ningún otro añadido. Solíamos quedar hacia las cuatro y media o las cinco de la tarde. Desconozco si comenzaba a beber antes de esa hora, pero era evidente que necesitaba el alcohol para enfrentarse al trabajo. Al menos para eso.

-Una copita me aclara las ideas -repetía a menudo.

Yo sacaba mi portátil de la mochila, lo colocaba sobre la mesa camilla, lo encendía, me sentaba frente a él y, sin más prolegómenos, nos poníamos manos a la obra.

Había tardes en las que la corrección fluía y avanzábamos con relativa rapidez. Se quitaba las gafas, entrecerraba los ojos, acariciaba maquinalmente la cabeza de Tula que dormitaba en su regazo... Yo le leía en voz alta, despacio, pronunciando con toda la claridad de que era capaz. Me dejaba seguir sin interrumpirme, a veces acompañando la lectura de un movimiento de la cabeza y las manos, como si las palabras contuvieran una música oculta. No decía nada durante cierto tiempo, hasta que en un momento dado torcía el gesto y se quedaba inmóvil.

-¡No, no, así no, para! -me ordenaba.

A renglón seguido me indicaba la corrección: *Quita, pon, sustituye...* Instrucciones concisas y exactas, lo suficiente para que yo las aplicara sin verse obligada a repetir las. Encajado el cambio en su lugar correspondiente, volvía a leerle el texto. Cuando quedaba satisfecha, lo daba por bueno con un *¡vale!*, y me invitaba con un gesto de la mano a proseguir.

La mayoría de las correcciones consistían en suprimir adjetivos, acortar frases, eliminar explicaciones y opiniones, descartar cualquier divagación que se alejase del meollo del asunto. Era una exhaustiva labor de poda que despojaba al texto de todo adorno y lo reducía a una escueta narración de los hechos.

Sí, había tardes buenas en las que el trabajo cundía, pero incluso en ellas la señora Encarna interrumpía de vez en cuando la labor, para llamar a Gabriela la mayoría

de las veces. Le pedía un vaso limpio para el whisky, o que se llevara un rato a Tula porque se le dormían las piernas, o le daba cualquier recado sobre compras, o la receta de un plato que había recortado del periódico... Y cuando Gabriela abandonaba la sala, soltaba invariablemente algún comentario:

-¡Esta mujer! No limpia, no sabe hacerlo.

O sobre la comida, otro de sus temas recurrentes:

-¡Esta mujer! ¡Hay que ver lo mal que cocina, su arroz sabe a yeso!

Después se encogía de hombros con un gesto de resignación:

-Pero es lo que hay, no se encuentra nada mejor hoy en día -añadía, y después cambiaba de tema y me hacía un gesto para retomar la tarea.

Y también es cierto que, hasta en aquellas tardes buenas, bebía sin parar. Daba pequeños sorbitos, como dicta la buena educación de una dama, pero lo hacía de continuo, y cada vez que vaciaba el vaso lo rellenaba enseguida. Así que el alcohol le iba nublando el entendimiento, la boca se le ponía pastosa, vocalizaba con dificultad y se le trababa la lengua. Eso complicaba las correcciones, por supuesto.

Pero mucho peor aún era cuando, por culpa del whisky, se le avivaban los recuerdos, los enredaba con el presente y comenzaba a desvariar. Lo hacía sin señales previas, en mitad de la lectura, con frases que yo apenas oía porque se le escurrían entre los dientes y las tapaba mi propia voz. Cuando me daba cuenta de que había desconectado de la realidad, me detenía.

Entonces lograba escuchar lo que decía, incoherencias para mí, no tenía nada que ver con la labor que nos traíamos entre manos. No era sencillo entender la literalidad de sus frases, pero mucho más complicado aún alcanzar a comprender su significado. El nombre de Benigno aparecía muchas veces en ellas.

-Benigno -decía con voz gangosa-, Benigno, el que hace el bien, eso ya lo sabías tú, menudo chiste.

O se le escapaba una risa ronca para afirmar luego:

-Mil veces te lo repetí, Benigno, hay que saber irse a tiempo. Y tú ni caso.

Afortunadamente -Benigno arriba, Benigno abajo-, en aquellas tardes buenas conseguía retomar el hilo. El extravío se reducía a pequeños lapsus que superaba en cuestión de minutos. Escapaba de la prisión de sus recuerdos y volvía a la realidad.

Entonces nos centrábamos de nuevo en nuestro quehacer y lográbamos, tras dos o tres horas de duro esfuerzo, dar por finalizado el texto. Cerraba el archivo, se lo enviaba a su ordenador, apagaba mi portátil y recogía las cosas. Luego me despedía hasta la siguiente sesión.

Abajo me esperaba la portera:

-Pronto termina hoy -me decía-. Mejor, eso es bueno, señal de que han ido las cosas como la seda.

Me pregunté mil veces qué sabría acerca de mi trabajo.

6

Pero estaban también las tardes malas, esas en las que todo se torcía y se iban acumulando los despropósitos hasta acabar arrastrándonos a una confusión de planos de la que era difícil escapar.

Con el tiempo acabé por reconocer los signos que anunciaban la tormenta. En realidad, el abanico de señales de peligro era tan amplio que podía tomarse como tal cualquier banalidad que se apartase de la rutina. Era de mal agüero, por ejemplo, algo tan insignificante como que llamara a Gabriela para pedirle hielo:

-Gabrielita, cariño, traeme unos cubitos, por favor, que tengo acidez.

En cuanto Gabriela salía por la puerta de la sala, le cambiaba el tono de voz:

-¡Esta mujer! ¡No sabe cocinar! Me sientan fatal sus comistrajos.

Todavía era peor señal que se enfadara con Tula:

-¡Gabriela -gritaba-, llévate de aquí a este animal! ¡No para quieta, no me deja trabajar!

Gabriela acudía solícita, cogía en brazos a la perrita y se la llevaba de la sala sin dejarse ablandar por sus gañidos. La cargaba hasta su habitación y, en los días que no se calmaba y seguía quejándose, la sacaba a pasear a la calle.

-¡Esta mujer! -decía la señora Encarna-. No sabe ni tranquilizar a un animalillo.

Pero el peor de los síntomas era que se adormilase. Para mí no era fácil distinguir cuándo lo hacía, porque acostumbraba a corregir con los ojos cerrados, para concentrarse mejor en la lectura, decía. Si tardaba

demasiado en ordenar algún cambio, resultaba ya sospechoso. Pero la prueba concluyente, la que despejaba cualquier duda, eran los pequeños ronquidos. Se le quedaba la boca abierta y se le escapaban por ella unos ruidillos roncós, apagados, que de vez en cuando explotaban en un crescendo furioso.

En esas situaciones yo no sabía cómo reaccionar. No me atrevía a despertarla, así que detenía la lectura, me armaba de paciencia y me limitaba a esperar. El tiempo que hiciera falta. Por lo general se espabilaba en unos minutos, aunque hubo ocasiones en que se alargó, hasta la media hora en algún caso.

-Puf, he echado una cabezadita -decía al abrir los ojos.

Se despertaba, tengo que decirlo así, no se me ocurre ningún término más adecuado, pero a partir de ese momento ya no era capaz de concentrarse en el trabajo. La señora Encarna regresaba del mundo de los sueños transformada, tal vez no volvía del todo, se bebía de un trago los vasos de whisky, se dispersaba, alternaba desvaríos y balbuceos con preguntas que nada tenían que ver con nuestra tarea, como si su cerebro hubiera entrado en una dimensión íntima que pasase del pasado al presente en zancadas vertiginosas.

Hablaba sin vocalizar, arrastrando las palabras con lengua de trapo. Costaba entender lo que decía. La tomaba de nuevo con Benigno, a veces incluso parecía creer que estuviera conversando con él:

-No, no me arrepiento, te lo ganaste a pulso.

-Ni lo sueñes, Benigno, esta vez haré lo que me dé la gana.

O le lanzaba reproches:

-Empujar, no te jode, hasta el último momento has necesitado un empujón.

-¡Tus negocios, tus negocios! Derrochar la herencia y vivir del cuento, a eso llamas tú negocios.

-Ya te avisé, Benigno, lo sabías de sobra. Si no te hubiera gustado tanto mandar...

De repente se olvidaba de Benigno y saltaba a la realidad, pero, en lugar de retomar la faena, aprovechaba su aparente lucidez para divagar sobre otros asuntos, sobre temas personales las más de las veces. Me preguntaba por mis padres, por mis estudios, por la vida que llevaba, por mis amigos... No sé por qué le interesaban tanto esas cuestiones, tal vez por conocer de primera mano las particularidades de otra generación.

Fue en una de aquellas tardes malas cuando salió por primera vez el nombre de Mario. Empezó haciendo algún comentario, que pretendió elogioso, sobre mi persona, algo así como que una chica como yo tendría los pretendientes a puñados. De ahí pasó a indagar sobre mis relaciones sentimentales y, ya abiertamente, sin tapujos, me preguntó si tenía novio. No sé por qué fui tan incauta de hablarle de Mario y dejar mi intimidad en sus manos. Sin pensarlo dos veces, le confesé que, tras siete años de relaciones, acababa de dejarme a comienzos de año.

-¡Hombres -dijo entonces-, todos iguales! Nos utilizan para sus mierdas y cuando se cansan nos tiran a la basura, como a pañuelos usados.

Carraspeó unos segundos y luego añadió:

-No te preocupes, mucho mejor así, no tenemos por qué estar al servicio de nadie, es bueno elegir la propia libertad.

¡Elegir la libertad! Para entonces habían pasado tres meses desde la ruptura con Mario y aún no había conseguido quitármelo de la cabeza, me importaba una mierda la libertad. Si de verdad hubiera sido libre para hacer lo que me pedía el cuerpo, habría corrido en ese mismo instante a sus brazos. Y lo que me frenaba en seco y me impedía hacerlo era justamente la tiranía de la razón. El sentido común me advertía, con sabia prudencia, que así solo lograría sufrir más. Triste libertad la de obligarte a renunciar a lo que más deseas.

A partir de aquel día, en sus tardes malas la señora Encarna me preguntaba a menudo por Mario. Hablar tanto de él no era la mejor de las ideas, no al menos para mí. A veces trataba de darle largas, apuntaba otras cuestiones para ver si lograba cambiar de tema, pero ella no picaba el anzuelo, insistía machacona hasta que me sentía obligada a responder a sus preguntas. Abierto el camino, no supe ponerle tasa y le fui dando detalles de nuestra pasada relación: la fiesta de fin de curso donde nos conocimos, los lugares a los que habíamos viajado juntos, su ambición de ser un actor famoso, el grupo de teatro aficionado en el que trabajaba, lo guapo que me pareció desde un principio...

Entre delirios y divagaciones, en aquellas tardes malas nos costaba un mundo sacar adelante la tarea. Dar por terminada cada página era una auténtica proeza.

A veces, con mucho esfuerzo, lográbamos finalizar el trabajo, al precio, eso sí, de invertir en ello el doble del

tiempo necesario. Tras mucho sudor y agotada de tanta porfía, salía de casa de la señora Encarna hacia las nueve y media o las diez de la noche.

Otras veces, por el contrario, mi empeño chocaba contra un muro insalvable. Por más terca que me pusiera, nos perdíamos entre las vueltas y revueltas de sus delirios. Cuando preveía el fracaso, marcaba un límite de tiempo y, antes de que dieran las diez, abandonaba el trabajo y me marchaba a casa. Quedaba obligada, para colmo, a volver al día siguiente para rematar la corrección.

Ni siquiera en esas noches en que salía tan tarde me libraba del encuentro con la portera:

-¿Día complicado, no? -me decía-. La chica anterior no aguantó un mes. Así son las cosas, desde que se le murió el marido la señora Encarna no levanta cabeza, la pobre.

7

Cierta mañana, avanzada la primavera, me encontré con Gabriela a la puerta de un supermercado del barrio. Cansada de teclear en el ordenador, había decidido darme un respiro y lo aproveché para salir de compras.

Apenas la conocía. Nuestras relaciones se limitaban a las fórmulas de cortesía que intercambiábamos a las entradas y salidas del piso de la señora Encarna. Sin embargo, a pesar de nuestro escaso trato, despertaba en mí una abierta simpatía.

Gabriela era morena, pelo muy liso y negro, cara ancha y labios gruesos. Pero, más allá de los rasgos físicos, su principal seña de identidad era la perpetua

sonrisa. No la perdía jamás, ni siquiera cuando debía hacer frente a las impertinencias y desplantes de su patrona. Yo sabía, por propia experiencia, lo duro que era lidiar con aquellos desvaríos y cambios súbitos de humor. Y era fácil de suponer que para ella sería mucho peor aún: vivía en su casa, las veinticuatro horas del día a su servicio. La paciencia de que hacía gala era sorprendente.

Sí, me caía bien. Pero debo admitir que, si entablé contacto con ella en aquella mañana de primavera, no fue por el simple afán de conocerla mejor, ni siquiera empujada por la buena educación. Lo hice sobre todo por curiosidad, por la malsana curiosidad hacia las cosas de la señora Encarna, debería precisar. Tenía una larga lista de cuestiones que me intrigaban y estaba convencida de que Gabriela tendría respuesta para la mayoría de ellas.

No es sencillo dar el paso desde los gestos banales de cortesía al intercambio de confidencias. Tras los saludos y sonrisas de rigor, traté de ir allanando el camino, de ir planteando, despacio y con mesura, los temas que me interesaban.

-Te veo tan relajada como siempre, Gabriela, fresca como una rosa; yo, en cambio, estoy agotada.

Me dedicó una sonrisa, pero continuó en silencio.

-Ya sabes, ayer no tuvo un buen día, salí rendida -proseguí-. No sé si mejoraría algo después de marcharme.

Se encogió de hombros y tampoco respondió. Pensé por un instante que iba a cosechar un rotundo fracaso, que no sería capaz de conseguir ninguna información relevante. No estaba dispuesta a tirar tan pronto la toalla, así que insistí otra vez:

-Cuatro veces te llamó, todas para naderías, tienes, desde luego, una paciencia infinita.

-Es mi trabajo, señorita -dijo al fin sin perder su eterna sonrisa.

Movió los hombros de arriba abajo, estiró los labios, unos gestos difíciles de interpretar para mí, tal vez de consentimiento, quizás de resignación.

-Es ya muy mayor -añadió luego-, hay que entenderla, cualquiera sabe cómo estaremos nosotras a su edad... Si llegamos.

Hizo ademán de entrar a la tienda, dando así por acabada la conversación.

-¿No la notaste ayer más descentrada? -aceleré la pregunta antes de que se me escurriera-. Peor que de costumbre, ¿no te parece?

Gabriela lo pensó un buen rato.

-No sé decirle, señorita -respondió después-, había dormido poquito a la noche, pero nunca duerme demasiado. ¿Peor? Como de costumbre diría yo.

-¿Duerme mal la señora Encarna?

-¿Mal? Duerme *remal*, *requetemal*, todita la noche de acá para allá, dando vueltas y más vueltas. Se mete a la cama cuando termina de escribir, después se vuelve a levantar... una vez, y otra, y otra.

-No sabía que escribiera por las noches -traté de tirar del hilo que más me interesaba.

-Sí señorita, cada día. Nunca se retira antes de las cuatro de la madrugada, no son horas, no sé cómo aguanta.

La señora Encarna seguía escribiendo, no todas las novelas que yo transcribía serían antiguas, tal vez algunas de ellas habían sido creadas en los últimos meses, mientras yo ya trabajaba en su casa. No sé muy bien por qué, esa información me pareció relevante.

-Menuda afición -continué-, quitándole horas al sueño. Las tuyas y las de usted -pasé a tratarla de usted yo también, igual la incomodaba mi tuteo-, la máquina de escribir debe de hacer un ruido infernal a las noches, con tanto silencio...

Gabriela se rió, una risa suave y cantarina.

-No se crea, señorita, me he acostumbrado a la musiquita, ahora me despierto cuando se detiene.

-Le sale cara la afición, horas de sueño, mi sueldo...

-Bueno, la señora le saca su rendimiento... -hizo una pausa, arrepentida, como si hubiera ido demasiado lejos.

Luego continuó:

-Una platita para vivir a su gusto y darse algunos caprichos.

-No entiendo -repliqué sorprendida-. ¿Quién le paga? He buscado por todas partes y no he encontrado que tenga nada publicado.

La miré a los ojos y me sostuvo la mirada.

-La señora Encarna no quiere que se sepa, eso parece al menos. No quisiera ser bocona.

Continué mirándola fijamente, una interrogación sin palabras, era evidente que me comía la curiosidad.

-Ella jamás me lo dijo, todo lo que sé me lo contó la portera, ya la conoce, le gusta demasiado hablar -

suspiró-. Aunque, claro, si yo se lo digo a usted... pues yo también...

Volvió a guardar silencio. Pensé que necesitaba un último empujón.

-Venga, Gabriela, puede fiarse de mí, yo soy parte del asunto, creo que lo merezco.

-En realidad no traiciono ningún secreto -se decidió al fin-, como ella no me lo contó, tampoco me pidió callarlo. Verá, no utiliza su nombre, firma los libros como Olvido... Olvido *Noséqué*, un apellido inglés bien corriente.

¡Así que era eso! La señora Encarna publicaba bajo seudónimo. Satisfecha con la información, me lancé a tumba abierta para intentar despejar mi otra gran incógnita:

-Ese Benigno del que tanto habla fue su marido, ¿no?

-Sí, señorita, su marido fue, pero yo no llegué a conocerlo, entré a trabajar a casa de la señora Encarna recién había muerto. Se enojó con la anterior chica, la botó y me tomó a su servicio.

-¿Y llevas con ella mucho tiempo?

-Tres años pasaron ya, para los cuatro van.

Me despedí cariñosamente de Gabriela, corrí a mi estudio, estaba impaciente.

Buscando en internet, fue sencillo dar con el apellido que utilizaba: Smith, Olvido Smith. Me pregunté el porqué del nombre. ¿Tendría algo que olvidar? Me respondí al instante, era una pregunta estúpida: todos tenemos algo que olvidar. Yo, sin ir más lejos. Las razones para el

apellido Smith me parecieron evidentes: un toque cosmopolita, así piensan ciertos autores.

Bastó con escribir *Olvido Smith* en el buscador y pulsar *enter* para que aparecieran en la pantalla numerosos libros a su nombre, hasta diecisiete novelas llegué a contar. Todas tenían títulos lúgubres: *Sed de sangre*, *La maldición de los Miller*, *Donde habitan los muertos*, *¿Por qué mataron a los Taylor?*, *Asesinato en el parque...* Leyendo las reseñas comprobé que varias de ellas las había pasado a limpio yo. Sorprendente.

Pero más sorprendente todavía fue comprobar que llevaba tiempo publicando con regularidad, sacaba prácticamente un libro al mes, y que contaba con una corte de seguidores que esperaban con impaciencia cada nueva novela. Incluso encontré varias webs dedicadas a su obra en las que le dedicaban los más encendidos elogios. No se movía en el ámbito de la literatura *oficial*, jamás aparecerían en los periódicos *serios* críticas de sus narraciones, pero, a juzgar por los datos que logré reunir, vendía mucho.

Para redondear la investigación, corrí a mi librería habitual. Encontré las novelas de Olvido Smith también en papel. Eran ediciones baratas, impresas con una letra enorme que conseguía que sus historias, todas ellas muy cortas, llenaran tomos de considerable grosor. Pregunté a la librería y sí, se vendían bien, no se atrevía a afirmar que fueran literatura, pero, claro, habría que empezar por definir qué demonios es la literatura. Además sus novelillas enganchaban, tenían un público fiel que las compraba una tras otra, a ella no le gustaban nada, le

parecían insípidas y morbosas, pero, ya se sabe, hay gente para todo.

8

A partir de aquella mañana, cambiaron algunas cosas en mi trabajo y en mis relaciones con la señora Encarna. Con el descubrimiento de Olvido Smith me sentí parte de una cadena creativa, veía a los lectores allí, al final de la misma, evaluando el fruto de nuestro esfuerzo. Me propuse tratar de mejorar los textos que pasaba a limpio. Lo confuso de las anotaciones a mano me daba cierto pie para intentarlo.

Fue un empeño baldío, peor aún, contraproducente. Durante la corrección, la señora Encarna torcía el morro ante todas y cada una de mis mínimas aportaciones. Parecía poseer un sexto sentido que le avisaba de que aquellas pequeñeces -un adjetivo, el cambio de orden de las palabras en una frase...- no eran obra suya. No dejaba pasar ni una, las anulaba todas sin excepción. Así que mis buenos propósitos solo contribuyeron a entorpecer el trabajo y hacerlo más penoso.

Otro cambio, este mucho más trascendente, fue el referido a Benigno. En medio de uno de sus delirios, cuando repetía su nombre con voz aguardentosa y le reprochaba ser un holgazán y estar malgastando su fortuna, cometí la imprudencia de entrometerme en su discurso y preguntar directamente por él:

-Benigno fue su marido ¿no es cierto? -la interrumpí mientras recitaba su letanía de quejas.

La pregunta la despertó de su letargo, la trajo de vuelta a la realidad, abrió los ojos, me miró como si le costara reconocermé, tardó aún unos segundos en tomar conciencia de dónde estaba, de que trabajábamos en el salón de su piso sumergido en su habitual penumbra. Tula, acostada en su regazo, alzó tiesas las orejas, como preparándose para escuchar una confesión.

-¡Benigno! -dijo por fin-. Un hombre, como todos. Cuarenta años a sus pies, siempre me creyó una inútil, buena solo para ser su criada.

Soltó una risita amarga.

-Y ahora... ya ves -añadió mientras le daba un largo trago a su whisky.

No me quedó claro qué es lo que tenía que ver. Imaginé que quería decir con ello que estaba mejor así, que por fin podía hacer lo que le venía en gana. Pero, claro, tampoco su vida actual me parecía apetecible.

En cualquier caso, mi pregunta rescató a Benigno de las sombras, lo trajo al salón y lo sentó entre nosotras. De ahí en adelante, doña Encarna fue completando la imagen de su difunto marido en tardes sucesivas, me proporcionó una serie de datos con los que conseguí hacerme una idea aproximada de quién había sido. Cuando me hablaba de él, le pegaba con más decisión al whisky y se olvidaba de las tareas de corrección.

Me contó que había estado casada cuarenta años, que era pequeño y delgado, con un mal genio mucho mayor que su estatura. Un hombre educado desde la cuna para mandar, que la trataba como si fuera su sirvienta.

-No tuvimos hijos ¿sabes?, y eso también fue culpa mía, por supuesto. Nunca lo confirmó ningún análisis médico, se negó en redondo a comprobarlo, pero eso daba igual, para salvaguardar su hombría yo tenía que ser la estéril.

-Y lo peor de todo, lo que más daño me hizo -me confesó otra tarde- fue que me prohibiera publicar. Me ha gustado escribir desde muy joven, creo que podría haber llegado a ser una autora reconocida, incluso haber ganado un dinerillo con mis novelas. Pero no, la vida entera a las órdenes del señor, no pude ni intentarlo mientras él vivió. Y todo porque decía que daría mala imagen a sus negocios. ¡Sus negocios! A ir dilapidando la herencia que recibió de sus padres le llamaba sus negocios, el muy inútil consiguió morirse sin haber trabajado un solo día en toda su vida.

Hizo una larga pausa. Se frotó las pronunciadas ojeras con los dedos y luego cerró los párpados.

-Y ni siquiera era esa la verdadera razón, lo sé de sobra. No hubiera soportado verme triunfar, que su esposa llegara a ser más que él lo hubiera matado del disgusto. Aunque morir... ha acabado muriendo igual -se le escapó una risita amarga-. Como lo haremos todos, antes o después, cada cual cuando le llegue su hora. Su hora -repitió-, siempre a la hora en punto, ya lo has comprobado, Benigno.

Como me hablaba sin tapujos del que fuera su marido, se sintió autorizada para preguntarme a mí sobre Mario. Bueno, la mayoría de las veces, más que preguntas, emitía afirmaciones rotundas que, para mi sorpresa, no se alejaban mucho de la realidad. Dibujaban,

al menos, una imagen de Mario bastante similar a la que yo me había construido.

-¡Hombres! -decía, por ejemplo-. Conozco de sobra a ese tipo de hombres: engreídos, vanidosos... Desde niños les han repetido un millón de veces lo guapos que son, están borrachos de autoestima y creen tener un talento del que carecen. ¡Y somos tan tontas que les bailamos el agua, les reímos cualquier gracia y les suplicamos estar a su sombra!

¿Acaso esa descripción no se aproximaba mucho a lo que yo pensaba de Mario? Se le había metido en la cabeza que quería ser actor, llevaba dedicado a ello desde los tiempos del instituto, estaba absolutamente convencido de que llegaría a triunfar en la profesión. Yo conocía perfectamente sus limitaciones, le había visto representar numerosos papeles, eran interpretaciones superficiales que no llegaban a resultar ni tan siquiera creíbles. Un actor mediocre con una desorbitada confianza en sí mismo.

Y, sin embargo, allí seguía, en su grupo de teatro aficionado, buscando y preparando nuevas obras; actuando en cualquier lugar que les invitara aunque fuera sin cobrar; logrando a duras penas que el Ayuntamiento les permitiera seguir utilizando su local de ensayos; malviviendo a costa de sablear a las amistades... Y eso que pasaba ya de los treinta años.

Lo cierto es yo nunca había intentado bajarlo de su nube y enfrentarlo a la realidad. Más bien al contrario, había contribuido a reforzar sus fantasías. Por no hacerle daño, por tratar de que se sintiera mejor consigo mismo... siempre tuve para él una palabra de aliento, en cada

ocasión hice la lectura más amable de sus fracasos y busqué cualquier aspecto que se pudiera rescatar de sus naufragios. Podría argumentarse, en mi caso, que lo hacía por amor. Vale, pero le rodeaban otras gentes, seguro que tuvo que oír muchas veces opiniones que no serían de su agrado. Era su propia soberbia lo que le hacía impermeable a las críticas.

La señora Encarna también entraba sin pudor alguno en los aspectos más íntimos de mi relación con Mario. Ciertamente, lo hacía de modo genérico, no lo particularizaba en nosotros, no citaba nuestros nombres, pero, una vez más, sus afirmaciones se aproximaban a lo sucedido.

-¡Hombres! Solo nos buscan para el sexo. Y luego si te he visto no me acuerdo. Así son todos.

Cuando hacía ese tipo de comentarios, no le contestaba, me hubiera dado vergüenza hacerlo, tal vez porque no consideraba demasiado decoroso el papel que había jugado yo durante esos siete años.

Solo nos buscan para el sexo, decía, no se podía expresar con mayor concisión lo que trajo a Mario a mis brazos. Después, un después que se prolongó siete años, construimos nuestra relación en torno a una cama, la convertimos en el terreno de juego en el que se materializaban nuestros encuentros y se dirimían los desencuentros. Sexo puro y duro, Mario no buscaba otra cosa.

Siete años. No me voy a hacer ahora la estrecha, yo disfrutaba tanto o más que él de aquellas sesiones. Mario llegaba a mi estudio y, sin necesidad de hablarlo, a los cinco minutos estábamos ya en la cama. Tengo que

reconocer que era muy bueno en eso, ponía todo su empeño, sabía entregarse a fondo. Combinaba ternura y furia en las justas proporciones, un cóctel exacto que, al menos a mí, me enloquecía. Tampoco decía nunca que no a ninguna de mis proposiciones, era también capaz de dejarse llevar en el momento adecuado. Para redondear sus virtudes, era inagotable, lo que una amiga mía define como un atleta sexual. Podíamos estar varias horas seguidas follando.

El problema venía luego: en el momento en que se terminaba el sexo no quedaba gran cosa entre nosotros, como si el fuego lo hubiera calcinado todo y dejado tan solo vacío. Se hacían silencios incómodos, nos costaba encontrar algún tema de conversación de común interés. En la calle, rehuía la intimidad y se refugiaba en el calor del grupo.

Yo, por el contrario, hubiera querido mucho más. ¡Me habría gustado hablar con él de tantas cosas! Contarle hasta el último detalle de mi vida, que me contara la suya, compartir secretos, hacer planes de futuro. Aunque no me atreví a proponérselo, llegué a desear ardientemente que viniera a vivir conmigo, se me pasó por la cabeza incluso la posibilidad de formar una familia, de tener hijos con él... ¡Qué enorme despropósito! ¡Qué claro se ve todo a toro pasado!

Con tantas digresiones, las tardes de trabajo se alargaban y salía muy tarde de casa de la señora Encarna.

Aun así, la portera me esperaba todas las noches. Era como si estuviera al corriente del cambio en las

relaciones con mi empleadora, porque sus comentarios se iban adentrando en territorios cada vez más personales.

-Tarde otra vez -me dijo un día-, la señora está cada vez peor, me da que no duerme apenas.

Y luego, bajando la voz como si me hiciera una confidencia:

-Tendría que aumentar la dosis, los somníferos que toma ya no le hacen ningún efecto.

-Esta noche gritaba de madrugada: ¡Benigno! ¡Benigno!- me comentó otro día-. La pobre, no se lo quita de la cabeza, cuesta olvidar a alguien que te trató tan mal. No lo pregone por ahí, es mejor que no se entere la gente, pero yo creo que hasta llegó a pegarla alguna vez que otra.

9

Una mañana, hacia finales de mayo, empecé a transcribir una nueva novela. La noche anterior habíamos conseguido dar otra por terminada. Tuvimos que dedicarle varias horas, a pesar de que solamente nos faltaba por corregir un puñado de páginas que habíamos dejado pendientes. Lograr concluirla fue todo un triunfo y por unos instantes me produjo una grata sensación de alivio. Pero inmediatamente, sin un segundo de respiro, la señora Encarna puso en mis manos la siguiente carpeta. Empezaba a replantearme la conveniencia de continuar en aquel empleo.

En mi minúsculo estudio trabajaba siempre bajo la luz de una de sus dos ventanas, una especie de mansarda alta que solo me dejaba ver el tejado de la casa

de enfrente y un pedacito de cielo. Encendí mi portátil, saqué la carpeta del macuto, la abrí y extraje el montón de folios que contenía. Los ordené sobre la mesa y me senté ante ellos.

Adiós, Cariño, comencé por leer el título. Me bastó con eso para imaginarme el contenido: sería la crónica de un crimen, uno de los miembros de la pareja acabaría asesinando al otro, seguro.

Acerté de pleno, tampoco tenía mucho mérito, llevaba ya leídas las suficientes novelas de la señora Encarna para predecir sus argumentos.

Era la historia de un matrimonio. Se casan jóvenes, muy enamorados los dos. Él es de buena familia, un hombre educado y con mucho dinero. Ella, una joven de gran belleza, audaz, y muy inteligente, que ambiciona llegar a ser escritora de éxito. Viven en una casa enorme en el centro de la ciudad, regalo de bodas de la familia de él. Una pareja de ensueño que recibe en cascada las bendiciones familiares y sociales. Es todo tan perfecto que el único pronóstico razonable es que les aguarda un futuro feliz.

Al llegar a este punto estaba ya asustada por lo reconocible del argumento. Para colmo de coincidencias, los protagonistas se llamaban Braulio y Esperanza.

Las cosas, sin embargo, empiezan pronto a torcerse. Primero son los celos. Esperanza es de una hermosura arrebatadora, allá donde va le sigue una nube de moscones. Braulio no lo soporta, le echa en cara que coquetea con todos, le suplica mil veces que los aleje, que muestre su rechazo de forma tajante. Enseguida llegan las primeras prohibiciones: no le deja salir sola de

casa, en cierta ocasión se ofusca y le cruza la cara de un guantazo. Al golpe le siguen de inmediato el arrepentimiento y las lágrimas, no volverá a pasar, le jura. Esperanza lo perdona.

La mujer sigue escribiendo a escondidas, a espaldas de su marido. Logra, en esas precarias condiciones, terminar varias novelas. Pero Braulio se entera y se pone muy furioso. La ultraja, la amenaza, le ordena quemarlas. Ella le engaña prendiendo fuego a otros papeles y las oculta en un arcón bajo llave.

El marido no está dispuesto a perderla de vista ni un segundo y se va encerrando con ella en casa. Tiene dinero de sobra, una considerable herencia familiar, puede permitirse el lujo de no trabajar y dedicar su vida a controlar a su esposa. De ese modo viven cada hora, cada día, un año tras otro.

Va pasando el tiempo. El ambiente del hogar se vuelve cada vez más sombrío, más irrespirable. Es como si la propia vivienda se fuera oscureciendo y hundiendo en un mundo de tinieblas.

Las relaciones entre ellos son cada vez más agrias. Braulio la quiere a sus órdenes las veinticuatro horas del día. Se hacen frecuentes los gritos e insultos, de vez en cuando se le va la mano. Esperanza ya no se queja, ni siquiera responde. La ha anulado por completo. Se va marchitando y desmoronando en su obligado encierro. Llega a despreciarse a sí misma y a considerarse una inútil, pura basura.

Llevan ya treinta y muchos años de matrimonio. En la casa no entra la luz, se ha transformado en el escenario

de una película de terror repleto de recuerdos siniestros y objetos fantasmagóricos.

Braulio sufre entonces un ataque al corazón. Tras intervenirle quirúrgicamente, le implantan un marcapasos. El cardiólogo le receta Sintrom, un medicamento que fluidifica la sangre para evitar que se formen coágulos. Pero hay que tomarlo en las dosis exactas que exige cada caso. De lo contrario puede ser muy peligroso y provocar graves hemorragias.

Braulio se ha acostumbrado a depender de Esperanza para todo. Es ella la que le controla, le prepara y administra las dosis de Sintrom que necesita. Y Esperanza le va suministrando cada día las cantidades opuestas a las órdenes médicas: le aumenta la dosis cuando debería reducirla, la disminuye cuando tendría que incrementarla. Los médicos están desconcertados, cada decisión que toman solo contribuye a empeorar la salud del paciente. Braulio no levanta cabeza, se va deteriorando progresivamente hasta que acaba por morir de un infarto cerebral.

El final de la novela era brutal. La señora Encarna lo remataba con estas palabras:

Acabado el funeral, esparcidas las cenizas del que fuera su marido, Esperanza se sentó en un sillón de la sala. Se sirvió un whisky y le dio un trago. Pensó en el futuro y repitió su nombre en voz alta: esperanza, esperanza, esperanza...

Terminé el libro sobrecogida. ¡Joder con la señora Encarna! Me lo había leído de un tirón, tan embebida en la narración que había dejado de escribir sin darme

cuenta, solo había pasado a ordenador las primeras páginas.

La novela estaba inspirada en su propia vida, sobre eso no cabía ninguna duda. Aunque era evidente que mezclaba fantasía y realidad, me era imposible separar lo que tomaba de cada una de ellas. Saberlo con exactitud me pareció urgente y decisivo. ¿Había puesto negro sobre blanco lo que hubiera deseado hacer con su marido? ¿Utilizaba el libro como un instrumento póstumo de venganza contra él? ¿O acaso....?

Pensé que, en una u otra medida, todos los escritores hacen lo mismo, más aún en estos tiempos en los que está tan de moda la *autoficción*. Muchas otras de sus novelas podían estar también inspiradas en hechos reales, no se puede concebir nada más sanguinario y cruel que lo que de verdad ocurre.

Me puse muy nerviosa, y me dirigí sin perder un segundo a casa de la señora Encarna. En el portal me recibió la portera, tan charlatana como de costumbre:

-Buenos días, señorita Inés, qué raro, usted por aquí de mañana. ¿Qué la trae de bueno?

No estaba para muchos rodeos, ni para perder el tiempo con fórmulas de cortesía. La entré a lo bestia, con una pregunta directa, a bocajarro:

-Benigno, el marido de la señora Encarna, ¿murió de infarto cerebral?

La portera me miró sobresaltada. Con mi pregunta había dinamitado todas las normas sociales, cualquier código de buena educación. Se quedó un segundo en suspenso, como si dudara qué hacer, pero enseguida pesaron más en ella las ganas de hablar, de aprovechar

la oportunidad para demostrar lo mucho que sabía de la vida de los vecinos.

-¿De infarto, señorita? No sé quién se lo pudo contar, pero no, no fue así, no exactamente. Tuvo un ictus muy grave, eso sí, quedó en silla de ruedas para el resto de su vida. Murió al año siguiente, en el hospital, había quedado muy débil y sufrió un colapso, un fallo multiorgánico que le dicen ahora, no entiendo muy bien qué significa eso.

La información parecía despejar la hipótesis más feroz. Si aquello no había sucedido tal y como lo contaba, pudiera ser que otros muchos apartados se alejaran también de la realidad.

Volví a casa caminando más despacio, retomé el trabajo, continué pasando a limpio la novela y, cuando conseguí acabar veinte o treinta páginas, fui donde la señora Encarna a corregirlas.

El argumento resultaba tan familiar que forzó de inmediato un acuerdo implícito entre las dos, una tensa complicidad. Yo no comentaba nada al respecto, ella tampoco. Como si la historia que contenía fuera una más, como si no tuviera nada que ver con su vida.

Estaba bien avanzada la primavera. Mientras corregíamos aquel escrito, el salón me parecía más tétrico que nunca, quizás por contraste con el mundo exterior. Afuera bullía la vida, brillaba con fuerza el sol, las calles se incendiaban de colores, hasta la franja de luz que conseguía penetrar por la esquina de los visillos era cálida y ardiente. En la inmensa sala, por el contrario, reinaba la oscuridad, los cientos de objetos apilados se diluían en la penumbra como un batallón de sombras. El aire estaba

viciado, olía a cerrado, a sudores corrompidos, a alcohol derramado... La voz de doña Encarna sonaba ronca, lenta, apagada... No sé si con el paso de los meses se iba ensombreciendo o era yo quien así la percibía.

A Tula le ocurría también algo extraño. Se pasaba las tardes quejándose, unos gañidos continuos que acababan por poner de los nervios a la señora Encarna. Cuando ya no aguantaba más, llamaba a voces a Gabriela para que sacara de allí a la perra.

Fue en una de aquellas tardes en que corregíamos *Adiós, Cariño* cuando me contó, sin darle la menor transcendencia, que había conocido a Mario.

-Tenías razón -me dijo-, es un chico muy guapo. Alto, atlético, ya me ha contado los deportes que practica para mantenerse en forma. Se lo tiene muy creído, te mira entornando los ojos y piensa que te vas a desmayar, como si una no tuviera los años suficientes para haber visto miradas como la suya cientos de veces.

Me alarmó la noticia, pero doña Encarna siguió hablándome como si tal cosa, como si no tuviera ninguna importancia, en el mismo tono monocorde que utilizaba para dar a Gabriela las órdenes para la compra.

-Ya le he visto actuar. No tiene el menor talento. Debería dedicarse a la publicidad, a esos anuncios que hacen los chicos de ahora enseñando el torso desnudo. Su futuro como actor...

Me pregunté qué pasos habría dado para acercarse a Mario, qué táctica habría utilizado, a qué trucos habría recurrido. Me devoraba la curiosidad por saber hasta qué grado habían llegado sus relaciones, cuánto habían intimado, si le había hablado de mí...

-Ahora que somos amigas -continuó-, ratifico tu opinión. Tienes toda la razón. Aparte de vanidoso, es un inepto. Tú vales mucho más que él, es imperdonable que ese chulo te haya hecho daño, no sé por qué los hombres tienen que salir siempre ganando.

Me molestó lo indecible que se inmiscuyera en mi vida, que, sin tan siquiera pedir permiso, pisoteara de aquel modo mi intimidad. Mi amiga, decía. Yo, desde luego, nunca le había concedido ese título. Recordé el día en que la conocí en el paseo de la playa, mientras se hacía un selfie con Tula en brazos. En aquel momento me pareció una anciana solitaria y me dio mucha pena. Ahora trabajaba para ella y me ganaba bien la vida gracias a su dinero. Debería estarle agradecida y, sin embargo, despertaba en mí un extraño cóctel de sentimientos: pena y compasión, por supuesto; pero también tristeza, repulsión, quizás hasta un poco de miedo.

Decidí que tenía que marcharme, que dejar aquel trabajo de una vez por todas. ¿Qué me retenía allí?

10

Dos o tres semanas más tarde me golpeó la funesta noticia. Serían las diez y pico de la mañana, me había levantado hacía poco más de una hora. A las noches acostumbro a apagar el teléfono y no lo vuelvo a encender hasta después de desayunar. Aquel día, nada más conectarlo, me sorprendió un aluvión de mensajes y llamadas perdidas. El corazón se me desbocó, era evidente que algo pasaba.

No me dio tiempo para más, recibí en ese mismo instante la llamada de una de mis mejores amigas:

-Inés, ¿qué sabes de lo de Mario? -me preguntó con voz entrecortada.

No entendía de qué me hablaba y, alarmada, solo fui capaz de articular unos gruñidos ininteligibles.

-Joder, tía ¿no te has enterado? Siempre tienes que ser la última -me reprendió.

-¿Enterarme de qué? No sé qué me estás diciendo -respondí al fin.

-Mario, sí, Mario, lo han encontrado muerto en su casa, de madrugada, un compañero de piso que volvía de marcha. Aún no saben qué ha pasado, suponen que ha sido de sobredosis... y... ha dejado una carta, de despedida, dicen que se ha suicidado.

Me puse a temblar, el teléfono cobró vida, me saltó de entre las manos y fue a chocar de golpe contra las baldosas de la cocina. Tuve que sentarme inmediatamente para no caer redonda. Mario estaba muerto, al parecer se había suicidado. No era posible. Mario no.

Cuando conseguí recuperarme un poco, después de realizar varias llamadas que no me proporcionaron más información de la que ya tenía, me puse en contacto con la señora Encarna. Le expliqué lo que había ocurrido y que tardaría unos días en volver a aparecer por su casa. Solo tuvo para mí buenas palabras, que me tomara el tiempo que hiciera falta, el trabajo no era ahora lo prioritario, ella podía esperar.

Los siguientes fueron días extraños. Funerales, ceremonias, conversaciones en voz baja, reencuentros

con amigos; a muchos los había perdido de vista desde hacía meses, desde que Mario me dejó. Me tocó jugar un insólito papel, desconocido para mí, difícil para cualquiera: había sido la novia oficial del difunto hasta hacía unos pocos meses, no se le conocía pareja más reciente. Me convertí en una especie de viuda amputada, una viuda que había perdido a su marido ya antes de que él abandonara este mundo. No sabían qué lugar concederme en los encuentros. El primer plano era para la familia, por supuesto. La madre, llorando desconsolada; el padre, tratando de mantener la compostura; sus dos hermanas, alternando sonrisas congeladas y ataques de llanto. Yo traté de ocultarme entre las amistades, de convertirme en una más del grupo y pasar desapercibida, pero mucha gente se dirigía a mí para darme el pésame, me tomaban de las manos, me dedicaban palabras de consuelo. Se me hacía raro escuchar esas frases tan sentidas en aquellos momentos, yo, la viuda putativa, llevaba ya varios meses de duelo.

Se fueron conociendo los detalles del suceso. La muerte de Mario se había producido entre las dos y las tres de la madrugada. La causa, sobredosis. Según los informes forenses, había mezclado abundante alcohol con gran cantidad de somníferos. El cóctel podría haber sido letal de por sí, pero el remate había sido un pico de heroína de una enorme pureza. Una combinación capaz de matar a un caballo.

Había dejado una carta escrita de su puño y letra. Era suya, no cabía duda, así lo confirmaban los análisis caligráficos y lo respaldaban todos los que la conocían, a mí también me vinieron a preguntar y reconocí la letra al instante. Confesaba estar cansado, no encontraba ningún

aliciente para seguir viviendo. Se sabía un actor fracasado. Pero mucho más grave aún le parecía haber fracasado como persona, había llegado a traicionar todos sus afectos, hasta convertirse en un monstruo que solo se amaba a sí mismo. Pedía perdón por lo que iba a hacer a quienes pudiera herir: a su familia, a sus amigos y de manera especial a esa mujer -no daba ningún nombre- que tanto lo había querido y a la que él, en cambio, había tratado tan mal.

Se había suicidado, los hechos hablaban por sí mismos, lo sucedido reunía todas las características de lo evidente.

A mí, sin embargo, me seguía pareciendo increíble que Mario hubiera obrado de ese modo. No se suicida alguien que tiene tan elevado concepto de sí mismo.

Pero, claro, en los últimos seis meses no había estado con él. ¿Podía haber cambiado tanto?

Llegué a pensar que tal vez la separación le habría afectado más de lo que él esperaba. La petición de perdón en su carta de despedida a *esa mujer que tanto lo había querido* -solo podía ser yo, en mi opinión- apuntaba en esa dirección. Que recordara en sus últimos instantes de vida que *él la había tratado tan mal* lo reforzaba.

La ruptura había sido un infierno para mí. Un infierno privado, llevado con discreción, sin grandes aspavientos públicos -al menos eso había intentado- pero un infierno al fin y al cabo. El suicidio había vuelto a remover mis sentimientos, provocándome un profundo malestar. Ese malestar me advertía a voz en grito que aún no lo había superado: volvía a soñar con Mario todas las noches. Si esa era mi situación después de seis meses, quizás

también él podía haber llegado a pasarlo mal, haber sufrido aunque solo fuera un poquito. Quizás se hubiera arrepentido, o llegado a sentirse solo, o empezado a echarme de menos... Quizás. Esa posibilidad, por remota que fuera, me reblandecía por dentro, me quebraba la coraza, me empujaba a añorarlo de nuevo. A un muerto.

Una semana más tarde retomé la rutina y volví a casa de la señora Encarna.

A la entrada, la portera me dio su más sentido pésame. Lo acompañó, como era de esperar, de un granado surtido de tópicos: *la vida es así, a todos nos llegará la hora, lo duro es morir tan joven, hay que ser fuertes y tirar para adelante...*

Gabriela me abrazó y me dio un par de besos en las mejillas. No dijo nada y se lo agradecí con una sonrisa. Tula me siguió por el recibidor, mucho más apagada que de costumbre. Llevaba un tiempo triste, estaría enferma, seguramente.

Doña Encarna me esperaba bajo la luz amarillenta de la lámpara de pie, las cortinas echadas, el salón tan tenebroso como siempre, aferrada al vaso de whisky, rodeada de su fantasmagórico ejército de antigüedades, los ojos de todas las muñecas de porcelana clavados en mí.

-¡Ah, ya estás aquí! -dijo al verme.

Me senté a la mesa, deposité sobre ella el macuto, saqué el ordenador... Me dejó continuar con mis gestos rutinarios, como si fuera una tarde más, yo también me esforzaba en no pensar. La señora Encarna, los párpados cerrados, acariciando maquinalmente a Tula, esperó a que se encendiera la pantalla. Entonces se quitó las

gafas, se frotó los ojos y añadió con una voz tan metálica que parecía provenir del altavoz del portátil:

-Nunca se sabe qué ayuda a olvidar, puede que ahora lo estés pasando mal. Te hará bien, a la larga.

No respondí, no estaba en condiciones de hacerlo. Intenté dejar la mente en blanco, centrarme exclusivamente en mi trabajo. No iba a romper a llorar. Abrí, sin más, el archivo que contenía las partes transcritas de la novela y comencé a leer el texto en voz alta.

Te hará bien, a la larga, me había dicho, pero nadie puede adivinar el futuro. Nadie, doña Encarna.

Lo que ya sucedía -y era por lo tanto una certeza, un hecho comprobado, no una vana especulación- era que yo sentía un dolor agudo, insoportable, lo estaba pasando horrorosamente mal en aquellos momentos.

Con su suicidio se cerraba definitivamente toda posibilidad, por inverosímil que fuera ya antes, de reconciliación. Hasta mi necio corazón reconocía que era el final. Ni siquiera él, tan alocado como es, estaba dispuesto a aceptar delirios sobre amores más allá de la muerte. Se daba -¡al fin!- por vencido. Olvidar a Mario, dejar de estar colgada de él, era la única salida. Muy bien, pero aun estando claro que no cabía ningún otro horizonte, el dolor seguía siendo insoportable, hubiera dado cualquier cosa por que Mario siguiera vivo.

Allí mismo decidí que no podía más, que dejaría aquel trabajo. Mientras seguía leyendo en voz alta y aplicando mecánicamente las correcciones que me indicaba doña Encarna, me marqué un plazo definitivo: continuaría con ella hasta finales de julio. Había ahorrado

lo suficiente para permitirme unas pequeñas vacaciones, me iría a cualquier parte donde pudiera pasar tranquila unos días. Y a la vuelta comenzaría a buscar otro empleo.

11

Había entrado ya el verano. Aunque el calendario nos decía que estábamos todavía a comienzos de julio, el calor era asfixiante. Desde hacía unos días soplaban con fuerza el viento del sur, llegaba de África, arrastrando en suspensión un polvo amarillento que enturbiaba la atmósfera. Las partículas difuminaban el sol, empañaban su brillo durante las horas de luz, y luego, al atardecer, incendiaban el cielo con todas las tonalidades del rojo, del naranja, del violeta. Los termómetros se habían disparado hasta los treinta y muchos grados. Un bochorno insoportable.

Me dolía la cabeza. Llevaba varios días con unas terribles migrañas que los analgésicos no lograban mitigar. Mi cerebro latía y golpeaba contra las sienas, como si no encontrara suficiente espacio en el cráneo y tratara de romperlo para conseguir estirarse. Tras el choque, venían los rebotes. Mi cabeza se convertía en un campo de minas y una manada de búfalos lo atravesaba de estampida. El rosario de explosiones me hacía ver las estrellas, me forzaba a cerrar los ojos, y no volvía a abrirlos hasta que se alejaban las bestias. Cuando terminaba el estruendo, el daño sordo que lo sustituía era un alivio. Abría los ojos de nuevo pero quedaba aturdida durante un buen rato.

Por fortuna, los estallidos se alternaban con periodos más tranquilos, de intenso malestar, sí, pero sin angustiosos picos de sufrimiento. Durante esas fases el dolor pasaba a formar parte de mí, conseguía hacerme con él y proseguía, aunque fuera con grandes molestias, con mi vida.

Más que a una enfermedad, achaqué mis males a la inquietud. Se acercaba la hora de decirle adiós a la señora Encarna y estaba sumamente nerviosa. No encontraba una explicación racional para ello, al fin y al cabo era tan solo dejar un trabajo. Lo había hecho antes en decenas de ocasiones: nadie estaba tan acostumbrada como yo a los empleos temporales. Pero esta vez, por incomprensible que fuera, me desasosegaba, incluso podría aceptar que me daba miedo.

En días de calima como aquellos mi estudio se convertía en una sauna. La temperatura descendía algo por las noches, pero no lo suficiente. Así que, aunque dejaba las ventanas abiertas de par en par, apenas conseguía pegar ojo. Me pasaba las horas muertas sudando a mares, retorciéndome desnuda en la cama, estrujando las sábanas, dándole vueltas a todo tipo de insensateces... Y cuando conseguía adormilarme, llegaban las pesadillas, unas imágenes turbadoras, deslavazadas, que mezclaban sin ninguna ilación épocas y gentes dispares. Mario las protagonizaba casi todas.

Esa mañana, tras levantarme con el ánimo por los suelos, me duché con agua fría y dupliqué mi ración cotidiana de café. Pese a todo, no estaba dispuesta a perder el tiempo. Ni el agotamiento ni el terrible dolor de cabeza podrían conmigo. Necesitaba darle duro al trabajo.

La noche anterior, la señora Encarna me había dado una nueva carpeta. Dentro la que, según mis planes, sería la última novela. Aún no había empezado, y sentía ya el deseo urgente de acabarla. Pasarla a limpio, corregirla, cobrar mi salario, salir de allí corriendo, decir adiós para siempre a doña Encarna. Me marcharía, cerraría ese capítulo de mi vida que, con el paso del tiempo, se iba enturbiando más y más.

Ese era mi proyecto, dar un giro de ciento ochenta grados, volar.

Para empezar me iría de vacaciones, ya tenía el plan cerrado con unos amigos. Diez días en Menorca, nos bañaríamos en sus calas, haríamos varias etapas de la ruta de la costa, del llamado *Camí de Cavalls*... En la isla trataría de alcanzar algo de sosiego, a eso iba. Y, nada más regresar, comenzaría a buscar un nuevo empleo. Eso sí, quedaba rigurosamente excluido cualquiera que tuviera que ver con novelas de crímenes, salones fantasmagóricos, escritoras alcohólicas, perritas consentidas, o dudas sobre la frontera entre realidad y ficción. Punto final.

Me animó la perspectiva. Un poco más calmada y aprovechando una pausa entre los golpes de dolor, abrí la carpeta: *Ajuste de cuentas* se titulaba la novela.

Ajuste de cuentas repetí en voz alta. Me imaginé que sería la crónica de una venganza, seguro que, como en cualquier otro libro de la señora Encarna, habría sangre y asesinatos, pero solo con el título era difícil afinar más.

Sin darle más vueltas, puse manos a la obra. Como hacía siempre, leía una frase, la corregía o completaba si

venía acompañada de alguna anotación, y la escribía luego en el ordenador.

En la novela se contaba, una vez más, la historia de una pareja, *Isabel y Manuel*, se llamaban. Y me bastó conocer los nombres de los protagonistas para sentir la primera punzada de inquietud: *Isabel y Manuel* tenían cierto parecido con Inés y Mario, tal vez fuera pura casualidad, pero ya había comprobado que la señora Encarna tomaba elementos de la realidad. Resultaba desasosegante la coincidencia.

Me acordé de *Adiós, Cariño*, la novela que habíamos corregido hacía unas semanas, de los paralelismos que en ella se trazaban entre Benigno-Braulio y Encarna-Esperanza. La autora parecía divertirse con esos juegos oscuros; como nadie -o casi nadie- conocía su verdadera identidad, se los podía permitir sin comprometerse demasiado. ¿Significaría algo que hubiera elegido los nombres de Isabel y Manuel?

Continué leyendo ya bastante intranquila.

La respuesta llegó enseguida. Manuel es un joven alto, de pelo rizado y ojos azules. Un chico verdaderamente guapo, aunque, del otro lado de la balanza, engreído, inmaduro, un perpetuo adolescente. Está empeñado en triunfar como actor, cuenta para ello con la ventaja de su físico, pero es un desastre interpretando. En una función los espectadores estallan en carcajadas cuando representa a un padre que llora la muerte de su hija. Pese a sus reiterados fracasos, es tan vanidoso que los atribuye a la envidia ajena. Y, como no admite sus limitaciones, sigue empecinado en llegar a ser un actor famoso. Doña Encarna redondeaba la

descripción del personaje citando a Samaniego, su versión de una fábula atribuida a Esopo: *Dijo la zorra al busto después de olerlo: Tu cabeza es hermosa, pero sin seso.*

No había duda: el físico, las aspiraciones... Además ya conocía la opinión de la señora Encarna sobre Mario. Ciertamente, extremaba al personaje: las interpretaciones de Mario podían haber sido planas y mediocres, pero nunca tan abiertamente grotescas. Manuel era la imagen de Mario reflejada en un espejo deformante.

Llegada a ese punto, dejé de escribir, salí del programa, apagué el ordenador, también el teléfono. Estaba impaciente, no quería que nada ni nadie me distrajera. Comencé a devorar páginas prescindiendo de las anotaciones a mano. Solo quería saber qué contaba, hasta dónde llevaba la historia.

Isabel es una joven inteligente y cultivada, con mucho encanto, ligada al mundo del arte. Ha realizado ya un par de instalaciones con muy buenas críticas que han sido un desastre económico. Está llena de ideas y proyectos, pero le falta suerte. Y le falta, sobre todo, dinero. Vive a salto de mata, sobreviviendo con los trabajos que encuentra aquí y allá.

Conoce a Manuel en la inauguración de una galería de arte y se enamora perdidamente de él. Aunque es mucho más lista y juiciosa que el otro, es incapaz de gobernar la pasión. *Se dice que el corazón tiene razones que la razón no entiende* -escribe la señora Encarna-. *Falso. El corazón es necio, no atiende a razones.*

Isabel consigue, después de diversas tentativas, entablar una relación. Pero desde el comienzo ambos la

viven de manera radicalmente opuesta, Isabel lo querría todo de Manuel, Manuel solo busca sexo.

Sus encuentros se reducen a fogosos combates sexuales. Y cuando él está ahído de sexo, se larga al instante y desaparece por una temporada. Al emprender una de esas huidas, le arroja a la cara su desprecio: *es que una puta como tú solo me vale para follar.*

Manuel enseña desde el inicio su querencia por las variantes más violentas de la sexualidad. La mantiene atada mientras copulan, la golpea... Isabel va accediendo a todas y cada una de sus pretensiones, no está claro por qué, la narración no se detiene a explicarlo.

Pero nada es suficiente. Llegan apartados abiertamente pornográficos, los protagonistas van internándose poco a poco en un laberinto de difícil salida. Isabel es sometida a todo tipo de vejaciones, el pudor me impide entrar en detalles. El descenso a los infiernos, la ferocidad del deseo... la espiral no tiene fin. Manuel demuestra ser insaciable, incluso se intuyen sombras amenazadoras de aniquilamiento físico y de muerte.

Detuve la lectura unos instantes. Era inquietante pensar qué monstruos conjuraba la señora Encarna en esas páginas, si tenían algo que ver con experiencias propias o ajenas. Desde luego que ese mundo tenebroso no había sido el mío. No me reconocía en lo que contaba, tampoco reconocía a Mario. Hechos como esos nunca habían ocurrido entre nosotros.

Retomé rápidamente la narración.

Un día, después de varios años de relaciones, Manuel la deja por sorpresa, de repente, sin más ni más.

He encontrado a otra, le dice, una mujer de verdad, estaba ya harto de ti.

Isabel no puede superar el abandono. Cae en una profunda depresión y acaba siendo internada en una clínica de salud mental.

Llegada a este punto me atreví a pronosticar lo que seguiría: Isabel acabaría por recuperarse, se acercaría de nuevo a Manuel y lo asesinaría. Pensé en aquel momento que la ficción se alejaba aquí mucho de la realidad. Mario se había suicidado y yo no hubiera sido capaz de hacerle ningún daño.

Sin embargo, en el siguiente capítulo, la narración me desmintió con un giro inesperado: aparece un nuevo personaje, Eneida, una amiga íntima de Isabel.

Eneida es una escritora famosa, habitual de las televisiones y del papel cuché. Algo mayor que Isabel, alrededor de la cuarentena, es una mujer guapísima y exquisita que frecuenta los círculos sociales más distinguidos. Lleva viviendo en Nueva York desde hace años, pero, nada más enterarse de lo ocurrido a su amiga, toma un avión y regresa.

Aquí, a pesar de la tensión en que me tenía sumida el relato, se me escapó una sonrisa. Doña Encarna mostraba una coquetería que yo hubiera juzgado improbable en ella. Se tomaba a través de un personaje la revancha de lo que le había negado la vida.

Eneida visita a su amiga y esta le abre por completo su corazón. Le cuenta todos los detalles, incluyendo los más sórdidos.

Al día siguiente, acude al local del grupo de teatro en busca de Manuel. Todos la conocen, les deslumbra su

presencia y le facilitan la entrada, faltaría más. Espera a que terminen el ensayo y queda con Manuel para hacerle una propuesta. Le cuenta que está preparando una obra de teatro. Le ha llegado noticia de su trabajo y piensa que reúne todos los requisitos para interpretar el papel protagonista. Pero, antes de dárselo, necesita conocerlo mejor y asegurarse.

Manuel cree estar soñando, ante la oportunidad de su vida.

Empiezan a quedar asiduamente. Eneida le explica el argumento: El protagonista es un escritor en crisis, bloqueado desde hace años. Comienza entonces a beber en exceso y tiene algunos accesos violentos. Las relaciones con su mujer, llevan diecisiete años casados, se van agriando, la situación se va volviendo insostenible hasta que ella decide abandonarlo, se va de casa, y pide el divorcio. Los hijos se ponen del lado de la madre y se marchan con ella.

Eneida y Manuel cenan juntos varias noches. A él le fascina la escritora, es encantadora, un dechado de belleza y talento.

Cierto día intenta seducirla. Ella lo rechaza sin contemplaciones. De paso, aprovecha para echarle en cara que no se ha metido de verdad en el personaje, que su interpretación carece de alma. Si de verdad quiere el papel, tiene que dar mucho más de sí. Le exige que deje de fingir y se convierta en el escritor. Tiene que vivir como él, quedarse solo, escribir para entender el sufrimiento de no encontrar lo que se busca... Un gran actor interpreta desde dentro: no representa al personaje, se transforma en él.

Manuel trata de satisfacer las exigencias de Eneida, cumple cada orden que le da, se esfuerza y algo va mejorando. Además lo está pasando mal, para él es una novedad que una mujer lo rechace, se obsesiona con ella.

Una noche, Eneida le dice que ve avances en su trabajo y entonces le desvela el nudo de su obra: el monólogo del escritor fracasado antes de suicidarse. Una interpretación debe vivirse, le repite. Le propone que escriba una carta tratando de explicar las razones del suicidio. Debe sentirlas, grabarlas a fuego en su cerebro, solo así sabrá expresar luego el dolor que lo empuja.

En los siguientes días, Manuel trabaja con ahínco en el escrito. Le entrega el primer borrador y Eneida se burla de él. Para empezar está escrito a ordenador, le dice, un suicida siempre lo haría de su puño y letra. Manuel escribe sucesivas versiones. Eneida sigue poniendo pegas a todas y cada una de ellas, y le va exigiendo determinados cambios. Hasta que un día, por fin, se declara satisfecha con el resultado.

Quedan a cenar para celebrarlo. Eneida acude más hermosa que nunca. Tiene palabras de elogio para Manuel, afirma que no se ha equivocado al elegirlo, que ahora sí que tiene claro haber acertado. Beben dos botellas de vino y, a los postres, otra de champán para festejarlo. En realidad es él quien bebe, Eneida se encarga de rellenarle continuamente la copa y en la suya apenas vierte algunas gotas.

A los postres le dice que esa noche sí, que desea ir a su casa. Ya se ha encargado de confirmar que no habrá nadie más.

Manuel está en una nube. Una vez en su piso, Eneida le pide una última copa. En la de él vierte una gran cantidad de somníferos. Su médico le receta los más potentes del mercado y viaja siempre bien provista de ellos.

Pronto se siente mareado y se tumba en la cama. Cuando se desmaya, Eneida saca la jeringuilla que guarda en el bolso. Está cargada de heroína de gran pureza que ha conseguido días antes. Le busca una vena del brazo, se la inyecta y la deja allí clavada. Luego, borra todas las huellas de su presencia y se marcha.

La señora Encarna acababa la novela de este modo:

El cuerpo de Manuel comenzaba a enfriarse. Eneida abandonó la vivienda. Por el camino se fue quitando los guantes de encaje que había llevado toda la velada. Alguien podría pensar que el castigo había sido excesivo. Eneida no. Para ella era una gota de justicia, no saciaba la sed de tantas mujeres humilladas.

Leí las últimas frases, me quedé paralizada. Una mezcla de horror, repulsión, vergüenza, algo también de piedad, pero, sobre todo, confusión, una confusión absoluta, el vértigo de no comprender nada.

Cuando pude incorporarme, no me paré a pensar ni un segundo. Cogí la carpeta, la arrojé a la bañera, vertí encima un frasco de alcohol, le prendí fuego. Al verla arder, quise creer que esa novela no había sido escrita nunca, que tampoco había existido jamás su autora, que con el humo se evaporaba para siempre lo que en ella se contaba y, junto a la pura ficción, lo que pudiera contener de verdad.

Después preparé la maleta, recogí lo que puede cargar, el resto ahí se quedaba, no quería perder el tiempo. Me marché.

Ya en la calle, camino de la estación del tren, reparé en que se me había pasado el dolor de cabeza, lo había olvidado mientras leía la novela, ahora se había esfumado.

y 12

Termino esta narración. He hecho un enorme esfuerzo por ceñirme a los hechos. He tratado, en todo momento, de atenerme a la estricta verdad de lo ocurrido. Pero, por más fiel que haya intentado ser a lo que dijo y escribió la señora Encarna, estas líneas se basan en mis recuerdos, y los recuerdos son siempre parciales, limitados por la propia mirada, se empañan con la neblina del tiempo... Así que me he visto obligada a poner en boca de doña Encarna expresiones mías: las frases que le atribuyo o los fragmentos que reproduzco de sus escritos no son literales. Era imposible hacerlo de otra manera, las palabras se las lleva el viento y yo misma me encargué de destruir el único original de *Ajuste de Cuentas*.

Un crítico literario me acusaría de atentar contra la cultura; un policía, de destruir pruebas; un psicólogo, de cobardía por huir sin afrontar lo sucedido... Vale, no les faltaría razón, tampoco voy a perder el tiempo en tratar de justificarme. Pero a todos ellos les diría que no me arrepiento de nada, que me quedé mucho más tranquila después de darle fuego a la novela, que para mí fue un

inmenso alivio ver cómo desaparecían sus cenizas por el desagüe de la bañera.

Ha pasado el tiempo, otra ciudad, otros mares, gentes distintas, nuevos afectos. Ha cambiado mucho mi vida. Ahora me acuerdo de Mario sin romperme por dentro. Tengo un trabajo relacionado con mis estudios -ya lo ves, papá, se podía-, en un taller que repara piezas antiguas de un museo. He conocido a alguien que... Bueno, ya veremos.

Lo que no ha cambiado es mi opinión sobre los selfies. Podría aceptar, incluso, que tengan a veces cierta utilidad, que contribuyan a llenar determinados huecos personales y sociales. Vale, no es sabio llevar las posiciones al extremo. Pero, en la inmensa mayoría de los casos, los selfies me siguen pareciendo una patética exhibición de narcisismo. A mi rechazo, además, se ha añadido un punto de inquietud, una acometida de terror que me sacude de vez en cuando y me cuesta luego olvidar... cada vez que veo hacerse un selfie a una mujer con perro.